

suerte estas palabras: «os espero a la hora que decís; no faltaré a la cita».

Leopoldo, ebrio de satisfacción y de amor, dió otra media vuelta a la plaza, procurando ocultar el placer que respiraba en su pecho.

Desde que el arrogante joven se presentó en la plaza, los ojos de un hombre no se apartaron de él un solo instante.

Aquel hombre no era Duval ni tampoco Willey.

Era un «ranchero», de tez bronceada, que ocupaba con otros varios un palco contiguo al de don Emilio.

Las furtivas miradas de los amantes, la agitación de ellos, sus menores movimientos, todo lo había observado atentamente y sorprendido aquel hombre.

—¡Ay qué «giro» es el «güerito» don Leopoldo—exclamó dirigiendo la palabra a una mujer campesina que estaba a su lado, y que parecía ser su esposa.

—¿Por qué, Pablo?

—¿No has «devisado» nada, Juana?

—Nada.

—Ya veo que «de altiro» te duermes.

—Pues tú, ¿qué has visto?

—Yo le he «comido el trigo» al niño Leopoldo; ya sé «quién» es la «catrina» que ha cautivado su «afeuto».

—¿Quién?

—Esa que tiene el «túnico punzón».

—¿De veras?

—Les he estado «pelando el jalisco» «dende» que llegaron.

—¡Y qué bonita es!

—Se me «afigura» a Judin cuando se presentó a Orofermo para «chisparle» la cabeza.

—Judit querrás decir y Olofernes.

—Lo «mesmo» es Judit que Judin. Ya te pareces tú a mi antiguo amo don Miguel, que siempre me estaba «remendando» lo que yo decía.

—Y como sigue haciéndolo el niño de mi antigua ama Luisa, cada vez que viene al «ranchito» que compramos con lo que nos dieron a los dos el día en que te casaste conmigo.

—¡Dios se lo pague! «Dende» entonces todo ha sido alegría para mí, y ya ve el niño don Juanito que si no puedo «platicar» a lo «decente», mis «aiciones» son de hombre de bien.

—¿Y no sabes cuándo vendrá de San Luis, a donde fué

a incorporarse al ejército de Santa-Anna, para combatir a los yankees?

—¿Cómo «quieres» que yo lo sepa? El «melitar» no hace más que obedecer; la «táitica» y la ordenanza son su solo cuidado, y nunca sabe a dónde va.

—No sé cómo le gusta esa carrera, cuando tiene dinero con que vivir regaladamente.

—¡Pobre niño Juanito! «Entovía» me «recuerdo» cuando le «chispé» del lado de Luisa para que no se mostrase «polinaria» con mi amo, que «de altiro» se estaba «achihuisclando» por ella.

—¡No me hiciste pasar mal rato a mí, que era la encargada de cuidarlo, y que cuando volví a donde lo había dejado entretenido, me encontré sin él!

—¡Cuántas veces me he arrepentido de aquella «aición!».

—Entonces mi amo y el tuyo se aborrecían tanto cuanto hoy se aprecian.

—Como que don Miguel ha «mercado» una hacienda cerca de la laguna de Chapala, que linda con la de don Fernando, sólo porque las dos familias viviesen como si formasen una sola. Pero mira qué ojos le «pela» el niño Leopoldo a la del túnico «punzón».

—Como que es hechicera y tiene un pie muy lindo.

—Pues si el pie es la «faición» más «perfeuta» que tienen las mexicanas.

—Hombre, no digas disparates, ni vuelvas a llamar faición al pie.

En aquel momento se abrió la puerta del toril, dando salida a un toro que empezó a correr sin embestir a nadie.

—¡Cola, cola!—gritó la multitud.

Y en el mismo instante, Núñez y Leopoldo partieron tras el toro, veloces como el viento, empeñado cada cual en agarrarle la cola para derribarlo.

—¡A qué «cuacos» tan livianos! —exclamó Pablo—. Ni el del «Payaso» que tiene alas va más ligero.

—Pegaso, hombre, no payaso —le dijo Juana—; ya otras veces he oído que te han enmendado la palabra.

—Allá se van «Payaso» y «Pelaso».

Leopoldo, entretanto, había conseguido su intento; tomó la cola en la mano, poniendo la punta de ella para arriba, sin que sobrasen más que seis dedos de rabo, ni se enredase ninguna cerda en los dedos; llevó el caballo separándolo cosa de una tercia de distancia del toro, que continuaba su carrera; se sentó bien derecho en la silla, llevó inmediatamente la mano con que tenía afianzada la cola

del toro al contralátigo, dejó un poco atrás al caballo, y alzando la pierna muy poco hacia delante al momento de dispararlo, quedó, naturalmente, la cola debajo de la «arción», apretó la mano contra la pierna al dar el «pase», inclinando un poco el cuerpo y apretándose en la silla, dirigió el caballo como a media vara de distancia de la cabeza de la fiera, y dando un fuerte, pero rápido tirón, el toro cayó, dando una vuelta completa en el suelo sobre el lomo, quedando tendido del lado contrario del que se lo estiró.

Un aplauso general resonó por todos los ámbitos de la plaza.

—La «enteliga» el «catrín» —dijo Pablo, aplaudiendo con frenesí—. Ha sido una «caída redonda», que equivale a cuatro chicas.

Clotilde sintió una satisfacción indecible al escuchar los elogios prodigados a su amante.

Don Emilio aplaudió también.

Duval y Willey se mordieron los labios.

La envidia y los celos les devoraban.

El toro se levantó a poco, y empezó a correr de nuevo.

Todos los jinetes lo siguieron, disputándose la posesión de la cola.

Entonces también fué más afortunado Leopoldo, que consiguió asirse de ella.

—¡Vaya un «cuaco giro» y «desengañado»! —volvió a decir Pablo a los amigos campesinos que estaban con él—. Bien «haiga quen» lo crió; ¡y qué lindo que se acomoda al toro!

—Y va a «coliar» de «a brinco»—le contestó uno de sus amigos.

—Es verdad. ¡Por Dios que es «sabijondo» el «güerito»; se conoce que es «pico largo» en el asunto.

Leopoldo se había propuesto colear a brinco, que es la suerte más lucida que se conoce, porque se requiere para ella mucha ligereza y maestría.

Para verificarla, se quitó las espuelas, y se sentó en el caballo como lo practican las señoras; esto es, cruzando la pierna izquierda sobre el pescuezo del alazán; aproximó éste a media vara del toro, tomó con la mano derecha la cola de la fiera, como a una cuarta de su nacimiento, soltó el estribo en que descansaba el pie derecho, echando aquél hacia atrás, y disparando el caballo para que pasase, afianzó la cola del toro con la mano izquierda, colocándola arriba de donde tenía ya la derecha, le dió un talonazo al

corcel en la espaldilla para que se abriese con rapidez, y, dejándose resbalar de él con las piernas abiertas, logró con el peso del cuerpo y la fuerza hecha con las dos manos para abajo, hacer perder el equilibrio al toro, derribándolo con facilidad, recibiendo nuevos bravos por su hazaña.

Entretanto que Leopoldo se conservaba a poca distancia del toro, a pie firme, orgulloso de su triunfo, logrando trabar a la vencida fiera una corva con la cola, el caballo, que estaba perfectamente enseñado, se acercó a él para que volviese a montar, lo que verificó el valiente joven de un salto, en medio de los aplausos de la multitud.

—«¡Válame» Dios, y qué «cuaco» de tanto «entendimiento!» —exclamó Pablo—. Sólo le falta el alma para saber lo que un «cristiano». Se parece un «toditito» a mi caballo tordillo que se murió de pura «grandeza».

—Es un excelente coleador —dijo don Emilio en alta voz dirigiéndose a Duval, que se sentía humillado con los triunfos de su rival—. He visto buenos coleadores, pero ninguno que supere a Leopoldo.

Duval hizo una señal afirmativa con la cabeza, porque no conocieran en su acento la rabia de que estaba dominado, y buscaba en su mente, fecunda en recursos infernales, la manera de poner en ridículo ante aquel público, al que entonces era el objeto de las alabanzas de todos.

Clotilde estaba contentísima al escuchar las palabras pronunciadas por su protector en elogio de la persona por quien latía su amoroso corazón.

La hermosa Inés la contemplaba con el placer que una madre ve la alegría de la hija de sus entrañas.

Núñez y los demás jinetes colearon también con muy buen éxito, y alcanzaron bravos y palmadas en justo premio de su reconocido mérito.

A la difícil suerte de colear, siguió la de lazar, que es una de las más útiles, elegantes y airosas que pueden ejecutarse a caballo, consistiendo en coger al toro, o a cualquier otro animal que huye, del pescuezo, de un pie, o de la parte que el lazador desea, arrojando sobre él una reata que, describiendo un círculo en el aire, va a caer en el punto determinado. Conseguido esto, el lazador amarra prontamente el extremo contrario de la reata, que es de diez a once varas, en la cabeza de la silla, detiene a su caballo, que abre los cuatro pies para resistir el empuje del animal que va corriendo, el cual, al sentirse estirado, pierde el equilibrio, y cae a tierra en el instante.

Clotilde, que con tanta repugnancia había salido de la capital, porque en ella dejaba al objeto de su amor, bendecía en aquel momento su obediencia, que le proporcionaba una dicha que jamás, de otra manera, hubiera disfrutado.

Su salud, que tan serios temores infundía, parecía reanimada como se reaniman las plantas cuando, levantándose la oscura niebla como un gran velo que las cubre, contemplan la brillante luz del vivificante sol que, como la antorcha del mundo, baña con sus fulgentes rayos la inmensa redondez de la tierra.

Cierto es que Leopoldo, por un exceso de recomendable delicadeza, y por no despertar la malicia de los concurrentes, evitaba, cuanto le era posible, dirigir la vista al palco en que se hallaba el imán de su alma; pero Clotilde comprendía todo el sacrificio, toda la abnegación, toda la prudencia de su amante, y traducida como una prueba marcada del verdadero amor, lo que para otro menos conocedor del corazón humano, hubiera argüido indiferencia y despego.

A Clotilde le bastaba ver que por ella sola, por seguirlo únicamente, había robado a Leopoldo aquellos preciosos instantes, aquel delicioso día, al cariño de su anciana madre, de cuyo lado jamás se separaba.

Cierto es que Leopoldo no se lo había comunicado verbalmente; pero, ¿qué necesidad tenía de esta declaración, cuando se lo estaba diciendo en todos los instantes el pañuelo azul y caña recibido de su mano al saltar del bote, y el blanco y verde que en aquel momento le servía de graciosa corbata?

¿No le pedía en los colores del primero, «que se acordase de él, que no lo olvidase nunca», y no le juraba en el segundo, «que estuviese segura de su amor»?

Sí; la hermosa joven veía todo aquello, y se consideraba la más feliz de las mujeres.

Además, el ramo de caléndulas que en el lenguaje floral indica la hora décima, y la hierba anagalida que expresa «cita», le confirmaban en la seguridad del cariño de su amante.

Anhelaba tener con ella una entrevista; y esto argüía de una manera inequívoca en favor de la intensa pasión de su idolatrado objeto.

Por su parte, Leopoldo, encerrado en los límites de la prudencia y del disimulo para con los profanos al idioma simbólico, se contentaba con dirigir disimuladamente, y de vez en cuando, la vista a los colores que vestía la prenda

de su amor, y los depositaba en su imaginación para leer en ellos los bellísimos conceptos amorosos que entrañaban.

¿Para qué exponerla a que los que con ella estaban la mortificasen sorprendiendo alguna mirada, cuando en su vestido punzó le decía dulcemente: «os amo más que a mi vida»? ¿Para qué despertar más los celos de Duval, dirigiéndole apasionadas miradas, cuando la cinta azul celeste, prendida en el peinado, le aseguraba «que ella también lo amaba»? ¿Para qué fijar la vista en su concurrido palco, de donde estaba persuadido que los ojos de todos estaban pendientes de sus más leves movimientos, cuando las plumas azules y doradas del parlante abanico de su amada, le decían: «sed constante y seré vuestra»? ¿Y para qué, en fin, aproximarse en demanda de una sonrisa, de una demostración amorosa que la sonrojase, cuando la brillante esmeralda que brillaba en su turgente seno envolvía este dulcísimo concepto: «correspondo a vuestro amor; tened esperanza en la felicidad conyugal»?

Leopoldo y Clotilde no se parecían en nada al vulgo de los amantes, que desvirtúan el espiritualismo del amor, de esa inspiración divina, de ese sentimiento celestial, a fuerza de presentarlo desnudo y desenvuelto a los ojos de todo el mundo, destruyendo el virginal pudor de la mujer, que es para una joven lo que el fragante aroma es para las bellas y naciétes flores.

El verdadero amor es una virtud de divinal esencia, y la virtud siempre es respetuosa, modesta, prudente y reservada.

Las flores son, valiéndome de las palabras de un escritor, la encantadora risa de la naturaleza en su mayor alegría, las perlas y diamantes de su rico tocado, y sus perfumes, el aliento embalsamado que exhala para esparcir la vida y arrebatar a la muerte su presa.

¿Qué intérpretes, pues, más dignos, más tiernos, más expresivos de los dulces sentimientos del alma del dulce afecto del amor puro y casto, que esas hechiceras y perfumadas flores, que no permiten que la mano del hombre toque sus lucientes pétalos, sin que se marchiten y se mueran?

A las flores, siguen los colores, lenguaje celestial con que el cielo habla a la tierra en su arco iris, de su amor hacia el hombre, de su misericordia y de su bondad.

Este medio tan cautivador y poderoso como el de las flores, para comunicar los sentimientos del corazón, no debe profanarse con afectos bastardos.

Sólo al amor puro, al amor espiritual, grande y casto,

le corresponde ese lenguaje sublime, delicado y misterioso, con el cual los amantes pueden comprenderse sin presentarse a la vista de imprudentes testigos.

De las unas y de los otros, se valían nuestros dos jóvenes para expresar sus tiernos sentimientos con la delicadeza, reserva y espiritualismo que reclama ese afecto celestial, emanación y destello purísimo que no se debe confundir jamás con la pasión egoísta y material que inflama el pecho de los que aspiran a los deleites sensuales.

Las flores, las plantas, las piedras y los colores, eran el gran libro de la naturaleza; la poesía natural de mística rima que les brindaba todos sus tesoros, todas sus melodías, todas sus bellezas y misterios, para expresar las más delicadas imágenes, los más tiernos pensamientos, y las comparaciones más graciosas y lisonjeras.

—¿Estás contenta, Clotilde?—le dijo Inés, tomándole una mano y estrechándosela cariñosamente entre las suyas.

—¿Cómo no lo he de estar, madre mía? —exclamó la joven mirándola con filial ternura, y dejando ver en sus ojos las lágrimas que le arrancaba el exceso de placer—: ¿cómo no lo he de estar, cuando el cielo me concede cuanto bien puedo apetecer sobre la tierra? El ambiente que aquí respiro me parece blando, dulce y perfumado, como el que aspiré en la primavera de mi amor... La atmósfera la contemplo risueña, brillante y transparente, como la que cruzan los alados querubines... Los objetos que me rodean los encuentro llenos de vida, de animación, de alegría, envueltos en una nube de esperanza y felicidad, que deleita, que embriaga y adormece... ¿No los encuentra usted revestidos, madre mía, de los mismos atractivos?

—Sí —contestó Inés con acento de la más honda ternura y acariciando la mano de la joven—; todo me sonríe cuando te veo contenta. ¿No eres tú el único ser que me resta en el mundo para amar?

Y a los ojos de la joven asomó una lágrima, arrancada por los recuerdos ocultos en su pecho, como brotan sus encerradas linfas la abundante fuente cuando se le toca la llave que las detiene.

—No se ponga usted triste, madre mía —dijo la joven comprendiendo lo que pasaba en el corazón de su protectora—. No se ponga usted triste, porque entonces me hará usted perder la alegría que por tanto tiempo parecía haberme abandonado.

—¡Tienes razón! ¿A qué pensar en lo que puede afligirnos, cuando no nos es dado aplicar el remedio? Sí, ha-

blemos de otra cosa; del que esta mañana venía en la canoa trajinera dando voces a los remeros para pasar nuestro bote: del desgraciado esposo de Elisa, que desde que empezó la función, ha estado quieto y meditabundo sin moverse de un sitio.

—¿Don Diego?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Míralo, de pie, en el palco que se halla a la derecha del toril.

Clotilde dirigió la vista hacia el sitio que le indicaba Inés, y contestó:

—Es cierto. Pero ahora lo veo friste y meditabundo, sin distraerse con el gentío ni con los objetos que se presentan a la vista.

—Es que su imaginación estará fija en la idea que causa su locura.

—¿En el juego?

—Así lo creo.

—¿Y es ésta la población a donde me dijo usted que lo había traído un amigo, con el objeto de que se distrajera y recobrase el juicio?

—Sí, Clotilde.

—¿Y lo habrá recobrado?

—Al llegar esta mañana, mi primer cuidado fué el informarme del estado que guarda su salud.

—¿Y qué le dijeron a usted?

—Que, generalmente habla con cordura y moderación, cual si completamente se hallase en su cabal juicio; pero que hay momentos en que se pone furioso, y huye a los sitios más retirados, hablando de juego y de ganancias.

—¡Pobre Elisa!

La salida de un toro bien formado y suelto, y las voces de la gente que gritaba: «¡que lo monten, que lo monten!», cortó el diálogo en que estaban entretenidas.

Para obsequiar los deseos de la multitud, dos lazadores, remolineando en el aire sus reatas, partieron tras del toro.

Eran Núñez y otro elegante joven de la población.

Núñez despidió su lazo que sujetó a la fiera, por las astas: el otro, entonces, hizo el molinete de lado, para lazar al toro de los pies, lo que se llama «apialar», y la fiera, no pudiendo sostenerse, cayó al suelo en el instante.

Entonces se acercaron a ella los de a pie, y le colocaron un ancha faja para ver quién quería montarlo.

—Que lo monte don Leopoldo—gritó con todos sus pulmones el entusiasta Pablo.

—Sí, sí; que lo monte él.

—Sí, sí; que lo monte él—añadieron los que se hallaban en el mismo palco.

La multitud admitió la idea, repitiendo igual cosa.

Leopoldo, sin esperar a más, y después de dirigir una tierna mirada a la hermosa Clotilde, desmontó de su caballo, se acercó al toro, hizo que los lazadores aflojasen un poco sus lazos para que la fiera pudiese arrodillarse; montó entonces en ella, y libre a poco el toro de las reatas que lo sujetaban, empezó a dar bramidos y saltos terribles para arrojar al suelo la carga extraña que sentía.

Pero Leopoldo era un jinete de primer orden, y los esfuerzos del toro eran inútiles.

Clotilde se puso pálida como un difunto.

El público se deshacía en aplausos.

—¡Qué bien se agarra con las piernas el «jijo» de la dicha! —dijo Pablo a sus compañeros—. Ya no se lo «chispa» el toro.

—Y le echa «guasca»—contestó uno.

—De «de altiro» es «desengañado» el «güerito».

Duval, ardiendo en ira, envidia y celos, pero fingiendo admiración y deseo de juzgar de cerca, se aproximó a una ligera tabla que servía de antepecho al palco; y cuando vio que el toro, sin poder sacudir al jinete, se acercaba al sitio que ocupaba, preparó el bastón con disimulo, con objeto de picar a la fiera, para que, haciendo un movimiento inesperado y extraño, arrojase al suelo a Leopoldo, y lo destrozase con sus astas.

Todo se presentaba perfectamente, para la realización de su inhumano plan.

El infierno parecía que se había propuesto favorecerle.

La terrible fiera, bramando de rabia, y arrojando espuma por boca y narices, se detuvo delante del palco de Clotilde, cuyo corazón latía asustado dentro de su pecho.

Duval entonces preparó el bastón, a cuya punta había amarrado, con disimulo, una lancetita que le suministró el doctor: dió el terrible golpe sobre el animal; pero al esfuerzo que hizo, la tabla del antepecho que estaba floja, se desprendió de su lugar, y fué a dar a los pies del toro, llevándose consigo a Duval, que cayó de cabeza.

El toro, cuya ira era terrible, al ver un cuerpo delante

de sus ojos, se arrojó sobre él, furioso para herirle, lo cogió en sus astas, y lo arrojó en el aire.

Un grito de horror se escuchó en la plaza.

—¡Lo ha matado!—exclamaron todos a la vez.

El cuerpo volvió a caer cerca de la fiera que se dispuso a acometerlo de nuevo para destrozarlo, pero Leopoldo, desmontándose de un salto, se puso delante, agitando un pañuelo para llamar la atención del toro.

Este, que se vio libre del peso que lo abrumaba, y que parecía conocer al que lo había dominado, le acometió con furia, corriendo detrás de él para vengarse.

Pero el joven artista, burlando con una vuelta la ira del temible animal, subió de un salto a la barrera en medio de los aplausos que el público prodigaba a su valor, a su destreza y a su generosidad.

Entre tanto, dos de los jinetes que se habían bajado de sus caballos, sacaban a Duval de la plaza.

Don Emilio y el doctor corrieron a su encuentro, pálidos y afanosos.

¿Había muerto?

CAPITULO XX

Una esperanza desvanecida

En los mismos instantes en que vimos a los asesinos de don Felipe Flan cruzar la pintoresca laguna de Texcoco, acompañando a la hermosa y delicada Clotilde, don Félix, el joven honrado, de conducta inmaculada, abrumado con el peso de una acusación injusta y afrentosa, yacía triste y abatido en el oscuro calabozo a donde lo habían conducido después de la carta denunciada por Willey.

Sentado sobre el miserable lecho, con los codos sobre las rodillas, y apoyando la cabeza sobre ambas manos, el desgraciado preso era víctima de los sentimientos más desgarradores y dolorosos.

Cuando había creído llegar al colmo de la felicidad esperando recibir contestación a su carta de la hermosa y desventurada Soledad; cuando había acariciado la dulce esperanza de tener en el humano carcelero un conductor fiel, compasivo y seguro, que presentase a cada cual los sentimientos más tiernos y recónditos confiados al papel; cuando en el risueño horizonte veía envuelta en blancas vestiduras a la libertad, tendiéndole una mano cariñosa, se en-